

DILIGENCIAS

(2008)

«La realidad nos persigue. Yo escribo maravillas, la realidad me las plagia».

José Ido del Sagrario, *Tormento, I*

«... y por diligencias que hice no lo pude conseguir».

D.J.M.G.N., *El experimentado cazador y experto tirador, III*

APARECIERON R. y G. después de dar el paseo, con tiempo apenas para cambiarse de ropa y bajar a cenar. También acababan de llegar nuestros amigos. En atención a ellos nos esmeramos en el atrezo, más que nunca.

Preguntaron: ¿No vas a escribir nada en tu cuaderno? ¿Qué leeremos entonces dentro de unos años?

Me sentí como el hombre del saco que les estaba arrebatando lo mejor de su pasado, porque lo preguntaban ellos como los niños que, a pesar de haber dejado de creer en los Reyes Magos, hacen saber a sus padres que no están dispuestos a quedarse sin unos regalos a los que tienen más derecho que nunca precisamente porque han tenido la desgracia de dejar de creer en ellos. Creo que me estaban diciendo: «Padre, de ti va a depender nuestra memoria, lo que recordemos de hoy, tanto o más importante que lo que estamos viviendo y lo que vivamos en estas horas. Si dentro de un par de días no quieres contar nada, no nos importa. Pero el último día del año y el primero, por favor, respétanoslos».

Yo les tranquilicé y les dije que lo mismo me había pedido ya su madre, y que para sorpresa mía, mi diario se estaba escribiendo solo desde hacía unas horas, como en las viejas máquinas de teletipos iban saliendo los sucesos ocurridos en las partes más remotas de la tierra. De las partes más remotas de mi alma, venían, como las improntas de Viernes en la playa, a quedarse en las páginas del diario. Les mostré este cuaderno y les hice notar la buena caligrafía, para que la compararan con mi letra, pero no me dieron tiempo a terminar, dejándome por imposible, sabiendo, confiados, que no les iba a privar de su relato, su regalo, con esa fe ciega que se tiene de niños en los padres, más que reyes.

Yo cerré el cuaderno y me despreocupé de él, convencido de que seguiría escribiéndose solo. Además, como es sabido, Viernes no existió nunca, fue una sostenida alucinación de Robinsón Crusoe, un delirio estructural suyo, eso lo estudian ya en los másters de escritura y creación de todas las universidades del mundo, incluso las públicas. Como así ha sucedido y como prueba lo que sigue a continuación.

Hacía una noche limpia y despejada, fría, y las nubes negras, deshilachadas, al llegar a los dominios de la luna, se iluminaban por un momento como fantasmales navíos y aceleraban su carrera, en fuga.

Los acompañamos M. y yo hasta su coche y les abrimos la cancela. Vimos cómo los pilotos rojos se alejaban por la calleja y parecían dos luciérnagas, milagro del invierno. Se perdió en la lejanía el ruido del motor, hacia El Recuerdo, y se hizo de nuevo el reino de la noche, los pequeños ruidos y cortos alborotos, los ecos, los sonidos lejanos, la loca huida de las nubes.

Habíamos pasado una Nochevieja preciosa, y la velada también lo fue. «Nos acordaremos siempre», dijeron a modo de despedida. Habían llegado un poco antes de la cena. Se alojan en El Recuerdo. Ese lugar se llamaba originalmente El Recuero, pero como nadie conoce ya esa palabra, se ve que los dueños que lo convirtieron en una posada decidieron tirar por el camino de en medio. La realidad siempre lleva ventaja, también en las palabras, pero con la ficción sale uno perdiendo. Conociendo el origen, la palabra *recuerdo* es menos que nada, es el triunfo del olvido.

Agradecemos aquel frescor en las mejillas, que enfriaba un poco las emociones, como se enfrían unos sequillos fuera ya del horno. Cuando volvíamos hacia casa oímos un confuso estruendo entre las copas de un olivo. Algo violento, seco y ubicuo al mismo tiempo. ¿Qué ha sido eso?, preguntó asustada M. Vimos de pronto una lechuza. Era enorme. Vino hacia nosotros, remontando con dificultad el vuelo, luchaba por sostenerse en el aire y movía las alas

con extremoso esfuerzo, como si no fueran suyas y sí un pesado artillugio mecánico que le costaba accionar. El perfecto combate entre peso y altura. No había una gran luna, pero se la veía muy bien, como un vagabundo que comienza a hurtarse entre las nubes, que ahora parecían paradas, fijas, igual que esa rueda cuyos radios, al girar velozmente, parece que lo hacen en sentido contrario al de la marcha. Pasó la lechuza a menos de un metro. No nos dio tiempo ni siquiera a apartarnos. Oímos el fragor del aire que desalojaba su paso, como una respiración profunda y oscura de la tierra, y nos volvimos para seguirla con la vista. Se perdió entre dos árboles y volvió a quedarse todo en silencio. Los búhos chicos y autillos que estaban entonces dando puntadas a la noche con su fúnebre canto, lo suspendieron, en señal de respeto. Porque la lechuza es a la noche lo que el águila al día y el león a la sabana. No me fijé, pero estoy por asegurar que hasta las estrellas dejaron momentáneamente de parpadear. Sí puedo asegurar en cambio que luna y nubes detuvieron su carrera durante unos instantes, tal y como sucedía en mi León nativo al oírse, tras las tapias de los cuarteles de la carretera de Asturias, el himno nacional: los militares, tanto de la clase de tropa como oficiales, que ya habían dejado el cuartel o que acudían a él y se encontraban fuera del recinto, se detenían donde estuvieran, se giraban hacia donde venía el sonido, si lo tenían a su espalda, se cuadraban y permanecían en posición de firmes con la mano en la cabeza, saludando militarmente, hasta que se oían las últimas notas.

—¡Es la lechuza de la que hablaba Hegel! Sobrevuela nuestras vidas... —dijo M. de una manera espontánea, como si hubiera recordado de pronto algo que no podía guardar sólo para sí—. Creo que me ha rozado con el ala. De verdad, me ha rozado un poco, el pelo, aquí. —Y señaló su sien.

Estaba emocionada, y temblaba un poco, como noté claramente porque se apretó contra mí, rodeando mi brazo con los suyos.

Yo sabía que se refería a la lechuza de Minerva, la Filosofía, que al llegar la noche levanta el vuelo y contempla la Historia y piensa sobre ella, y lo sabía porque a cuento de no sé qué había estado hablando ella de eso mismo con nuestro amigo J. antes de que llegaran GdO. y AL. Me acordé de pronto de algunas de las nocheviejas de León, cuando acompañábamos a mis padres a la misa de fin de año en San Isidoro. Supongo que fue por el frío que hacía. El frío une mucho, más que el calor, que disgrega y separa. Si tenía razón Hegel, esa lechuza habrá contemplado mis pensamientos al pasar a nuestro lado, le dije en voz baja. No sé por qué razón bajé la voz, si nadie podía oírnos. El pasado cambia a cada momento, le dije, el pasado sigue sucediendo de modo diferente, y lo que hemos vivido esta noche también, y a la lechuza de Hegel le va a costar hacerse una idea clara, porque esta noche irá cambiando y cambiando en nuestra memoria, y siempre será diferente sin dejar de ser maravillosa, como sucede en los caleidoscopios. Y guardamos silencio los dos. Podría haber añadido que la Historia es un caleidoscopio, pero no lo dije, porque las grandes frases casi nunca atinan a decir lo importante. «Vamos a entrar en casa ya, porque me estoy quedando helada», dijo, y añadió incrédula y conmovida: «Al pasar me rozó un poco el ala, te lo prometo». Cuando nos va mucho en la verdad, nos sale a todos el habla de la infancia. Quería decir, con ese «te lo prometo», «te lo juro».

Estaban esperándonos para darnos las buenas noches.

–Hemos visto una lechuza, pasó junto a nosotros volando, y me rozó con el ala...

Contó cómo aquel pájaro enorme vino hacia nosotros de una manera ciega, y repitió lo de Hegel.

Nadie puso en duda lo que decía, y me alegro de que le sucediera a M. y no a mí, porque de ese modo no tiene uno que andando explicaciones para que le crean. Nos fuimos a dormir, pero, a cuenta de la lechuza, M. se había desvelado por completo.